

INÉS GARLAND

LOS OJOS DE
LA NOCHE



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, INÉS GARLAND
C/O AGENCIA LITERARIA CBQ, SL
info@agencialiterariacbq.com

© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4910-6

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Edición: LUCÍA AGUIRRE - CLARA OEYEN
Cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Garland, Inés

Los ojos de la noche / Inés Garland. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Santillana, 2016.

160 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja)

ISBN 978-950-46-4910-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ABRIL DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

LOS OJOS DE
LA NOCHE

INÉS GARLAND

loqueleg

A Jimena

Todavía no entiendo cómo pude pensar que si me metía a caminar por un bosque al que iba por primera vez en mi vida, iba a encontrar sin problemas el camino de vuelta a nuestro campamento.

—No te vayas muy lejos. No te olvides de que tu sentido de la orientación nunca fue muy bueno —dijo mi hermana Lucía cuando me despedí con la cacerola de sombrero en la cabeza y la decisión de volver con una cosecha de moras.

Ella, sus dos amigas y yo acabábamos de empezar nuestros días en Lago Negro con nuestro campamento convertido en un caos por la tormenta de la noche anterior, pero dejé atrás los estragos que había hecho la tormenta, decidida a volver con el consuelo de las moras. Apenas una semana después de haber empezado nuestro viaje, ya sabía que los peores humores eran producto del hambre. Petra y Maite, sobre todo, eran capaces de irse a las manos en cualquier momento. Yo sospechaba que el verdadero motivo eran los celos por Lucía, pero como en los momentos de desazón se me da por alegrar a la tropa,

me convencí de que no había nada que no se pudiera solucionar con una buena panzada de moras con crema.

Sin embargo Lucía tenía razón. En Buenos Aires, por calles que conocía perfectamente, me perdía o encaraba de lo más decidida en la dirección equivocada. La mañana había amanecido gris, mojada, todo quedaba uniformado por la luz opaca, y no había en mi camino ni un río ni la orilla de un lago como punto de referencia para volver. A pesar de eso, no dudé en entrar por un sendero cualquiera, por un bosque que para los ojos de alguien de la ciudad es casi todo igual, árboles, arbustos, hierba, flores silvestres, segura de que encontraría el camino de vuelta.

Al rato de caminar encontré las matas de zarzamoras y empecé a llenar la olla. Se largó a lloviznar otra vez, y no pasó mucho tiempo antes de que el pelo empapado empezara a gotear por debajo del cuello de la campera hasta mojarme la remera de algodón de manga larga que tenía debajo. No estaba prestando atención al camino. Me sentía millonaria con la cantidad de moras silvestres que recogía. La idea de la panzada que nos íbamos a dar me hacía seguir caminando, *plop, plop, plop*, una mora y otra, una a la boca, una a la olla, una montaña morada, jugosa, dulce, que borrara las imágenes de la tormenta.

La mañana anterior, después de cinco días de viaje con una primera noche desastrosa en la boca del pescador de la Bahía de Samborombón, dos días en Península Valdés, tres gomas pinchadas en el ripio de la ruta del cruce hacia la cordillera y una parada estratégica en el

pueblo más cercano a Lago Negro, habíamos encontrado el lugar perfecto para acampar. A orillas del lago, junto a la desembocadura de un río, en un claro de pasto suave a metros del agua, con el respaldo del bosque. Nos pasamos la tarde armando todo tipo de estantes, colgamos la fiambra a la sombra para guardar alimentos frescos, cavamos un pozo profundo para el fogón y armamos la parrillita. En las piedras de la playa podíamos hacer nuestros fuegos sin miedo a los incendios, teníamos agua fresca del río para tomar, arena y agua del lago para lavar los platos, todo el lugar para nosotras, un bosque lleno de sombra, una playa para tirarnos al sol como lagartos, un río para remontar por las piedras. Nos sentíamos en el origen del mundo. Por primera vez desde que habíamos dejado atrás Buenos Aires pensé que a lo mejor mi hermana tenía razón, que esas vacaciones con ella y con Petra y Maite iban a hacer que me olvidara de Pablo.

No habíamos visto una sola nube en todo el día, y antes de dormir nos acostamos en la orilla del lago a mirar las estrellas. Jamás había visto un cielo así. Le pedimos mil deseos a la lluvia de estrellas. Pero en la mitad de la noche me desperté y me pareció que algo en el silencio había cambiado, como si los animales se hubieran callado todos de golpe. Yo no había estado nunca antes metida en un silencio como ese. Un momento después, se levantó un viento que desenterró una de las estacas que sostenía el sobretecho. La punta suelta empezó a dar chicotazos contra la lona. Apenas unos minutos después, un trueno como una bomba despertó a las otras tres. Los

rayos crepitaban uno tras otro, seguidos de truenos que parecían derrumbarse sobre la carpa, y por la puerta que Petra sostenía abierta veíamos pasar un caos de ramas, matas de plantas arrancadas, pedazos rotos de naturaleza. La carpa resistía como por milagro, pero tuvimos que disuadir a Petra de que saliera a clavar la estaca que se había zafado. Nos habíamos amontonado en la entrada y nos sobresaltábamos con cada andanada de truenos. Con cada rayo nos parecía que el lago avanzaba sobre la tierra y que pronto llegaría a la carpa, a lamer los bordes de la entrada. No nos atrevíamos a encender el sol de noche, pero Maite barría el paisaje más cercano con su linterna, y ahí estaba la parrilla volcada, la olla de arroz que habíamos dejado sobre un tronco dada vuelta ahora en la arena, pedazos no identificados de nuestros inventos de la tarde. Hasta una toalla que había colgado Lucía a secar pasó volando en la noche con su silueta de fantasma. Las primeras gotas no tardaron en caer, parecían de plomo. Cuando se largó la lluvia, Lucía se puso a rezar en voz alta.

Pensé en el terror de los cavernícolas frente a las fuerzas de la naturaleza. Nosotras mismas éramos mujeres de las cavernas. Nuestros hombres estaban cazando mamuts en la planicie y nos habíamos quedado solas, inventando seres sobreprotectores para no morirnos de miedo, aterradas por nuestros compañeros porque ya no se trataba de que se salvaran de ser devorados por un tigre dientes de sable o aplastados por una estampida de mamuts: esto era peor, esto era la ira de los dioses

que se abatía sobre los humanos, y éramos los seres más insignificantes, más desprotegidos, más vulnerables de la naturaleza. Los únicos que tenían conciencia de que la muerte era el fin de todo.

La madrugada nos permitió ver el alcance del desastre: la lata de café instantáneo –que Lucía había dejado destapada– transformada en una sopa negra, el pan para el desayuno hecho papilla, nuestra mascota –una lagartija que Petra había atado del cuello a la puerta de la carpa para que se comiera los mosquitos– se había volado en medio de la tormenta. Petra juraba que la había visto alejarse por el aire como un barrilete. Hasta Maite, que se había burlado de la idea de tener una lagartija de mascota, se sintió afectada por la posibilidad de que la lagartija se hubiera muerto ahorcada.

Recién cuando llené la olla y se me empezaron a caer las moras de arriba, miré a mi alrededor y me di cuenta de que todo lo que me rodeaba tenía exactamente el mismo aspecto y de que, salvo por los primeros pasos detrás de mí, mis últimas huellas, no tenía mucha idea de dónde estaba. No me asusté. Empecé a caminar convencida de que estaba retrocediendo sobre mis pasos. No sé cuánto tiempo más tarde –no había llevado reloj– reconocí que no tenía la menor idea de dónde estaba.

Al principio no tuve miedo. El bosque era de una belleza protectora. El olor fresco y verde, las gotas de agua que caían sobre las hojas, el sonido mojado de mis propios pasos, en algún momento vería algo que me daría una pista, no me había alejado tanto del campamento. Probé con

unos gritos inverosímiles que habíamos inventado para llamarnos, pero me respondió el bosque, el aleteo de un pájaro que no logré ver, la sensación de que estaba rodeada de vida que no me respondía simplemente porque no hablaba mi idioma. Hasta las piedras parecían tener oídos. Yo estaba siguiendo lo que para mí era el sendero que había tomado en un primer momento. No era la primera vez que alguien caminaba por ese bosque, el sendero estaba marcado. En algún momento empecé a tener hambre, y no hambre de moras, hambre de almuerzo. Y entonces sí, me di cuenta, como si antes hubiera estado un poco dormida o hipnotizada, de que estaba realmente perdida. Me di cuenta con el cuerpo: por un momento fue como si me hubiera quedado sin aire y después me invadió una ola de calor. ¿Dónde estaba? ¿Adónde había ido a parar? Las torcazas, que hasta un rato antes me habían acompañado, se volvieron de pronto malvadas en su indiferencia. Se me cruzó por la cabeza que podía haber víboras, jabalíes, animales desconocidos que me estuvieran acechando. ¿No había gatos monteses o pumas en los bosques del sur? En la infancia habíamos ido con mis padres y sus amigos a un campo en La Pampa y una noche habían armado una trampa para cazar un puma que se comía a los corderos. La trampa era un pozo con un cordero recién nacido de señuelo. El cordero que balaba a la luz del farol, su lengüita rosada temblando de terror, se me cruzó ahora como si no hubiera pasado ni un día desde esa noche. ¿Por qué se me había ocurrido ir a buscar moras? Era difícil correr con la olla entre los

brazos. ¿Cuánto iban a tardar las chicas en darse cuenta de que me había ido hacía demasiado tiempo? ¿Qué iban a hacer cuando vieran que no volvía? Llamé a mi hermana a los gritos. “¡Lucía!”. Gritar su nombre me tranquilizaba como si saber que ella estaba cerca fuera señal de que todo iba a estar bien finalmente. Pero mi voz retumbaba entre los árboles y no había ninguna respuesta más que los sonidos del bosque. Había animales que huían a mi paso. Me parecía oírlos. Me sentía estúpida por no poder controlarme, pero tenía cada vez más miedo. Había perdido toda noción del tiempo y estaba segura de que el bosque se estaba oscureciendo. No podía haber pasado el día entero, claro que no, en verano anochece muy tarde, estaría desmayada de cansancio si ya fuera de noche. Pero está más oscuro. Está más oscuro y hay un animal que te sigue, viene detrás oliendo tus pasos, tiene hambre, tiene más hambre que vos. Es un gato salvaje. No. Es un perro. Un perro salvaje. Un dogo. Acá no hay dogos, tarada. Este es una especie de dogo, una mezcla con lobo, un perro-lobo que se perdió en el bosque como vos y está cebado como el puma de La Pampa que se cebó con carne de oveja y ronda los rebaños sin pensar en los hombres que lo pueden matar; como los tigres de Bengala que merodean los poblados cuando se ceban con carne humana y esperan agazapados en los caminos de la selva a que algún poblador se aleje de las casas. Huele tu transpiración, huele tu miedo, sabe que tu carne es dulce, un festín para su hambre. El bosque parecía cerrarse sobre mí, volverse más intrincado, cuando apuraba el

paso me tropezaba con las raíces de los árboles inmensos que se cerraban sobre mi cabeza. Todo era igual, todo era verde y negro y oscuro y olía a humus. Aunque mirara muy lejos, no había otra cosa que troncos mojados, ramas bajas, hojas, zarzamoras llenas de pinches que me enganchaban la ropa. Me faltaba el aire y tenía la garganta apretada. ¿Cómo iba a salir de ahí?

El olor a humo me hizo pensar primero en un incendio. Lo único que me faltaba para completar el mal sueño era tener que correr para escaparles a las llamas. A lo lejos, detrás de los troncos y arbustos, las paredes de madera clara de una cabaña soltaron lo que para mí fue un destello de luz salvadora. Un hilo de humo blanco salía por la chimenea, se quedaba por un instante colgado sobre la cabaña como un velo, y se deshacía contra el cielo gris.

La mujer que me abrió la puerta era vieja, de la altura de una nenita. No sé qué habrá pensado de mí, empapada, probablemente pálida de susto y abrazada como a un salvavidas a la olla de moras, pero se quedó mirándome un rato que se me hizo muy largo.

—Estás perdida —dijo después.

Y yo lo sentí como si estuviera hablando de algo que iba mucho más allá de ese momento. Me hizo pasar, me acercó una silla a la cocina de hierro, me trajo una toalla y colgó mi campera de una soga atravesada al fondo de la cocina. Me preparó un té con miel, me habló como si tuviera que liberarme de un embrujo, del embrujo del

miedo. Tenía las manos más arrugadas que yo hubiera visto jamás. Su cuerpo chiquito emanaba un calor reconfortante, y su voz cascada tenía una calma que fue más sanadora que el té. Yo era más grandota que ella, mucho más fuerte que ella en apariencia, pero me hubiera acurrucado bajo su ala por el resto de mi vida. Cuando pensé eso, ella se rio como si se lo hubiera dicho en voz alta. ¿Qué era lo que tenía esa viejita que le hubiese contado mi vida entera al poco rato de conocerla?

—Así que son ustedes las que hicieron campamento ahí donde el río llega al lago —dijo—. Ya me había dicho el lobito.

—¿Qué lobito?

—Mi nieto.

De adentro de la casa vino una especie de lamento.

—Saqui —llamó una voz débil.

Ella se fue por una puerta con pasos apurados. Cuando volvió traía una taza enlozada que lavó con cuidado en la pileta de la cocina. Antes de que pudiera preguntarle más, alguien golpeó el vidrio de la ventana a mis espaldas. Un hombre que echó la cabeza hacia atrás señalándome en un gesto de pregunta sobre quién era yo.

La viejita no le respondió enseguida. Cuando la conocí mejor me di cuenta de que siempre se tomaba su tiempo para contestar cualquier cosa. Y que no era que estuviera pensando sino que dejaba un espacio entre una cosa y otra, entre la otra persona y ella misma, como si contestar demasiado rápido fuera igual a un atropello. Cuando